



D H Q a  
E L N Q R B S A  
T P e s a d T P

*Al...*

## KOLAKOWSKI Y LA SEDUCCIÓN MODERNA

Humberto Martínez

La generación de Leszek Kolakowski, de la que él probablemente es un claro ejemplo, tuvo una existencia ambigua. Por un lado un marxismo que se volvió cada vez más intolerable; por otro, una fuerte tradición católica difícil de eliminar. Por ambas concepciones está dominada la obra de Kolakowski: enfrentándose críticamente a la primera, simpatizando a medias con la segunda. Si no del todo partidario del catolicismo, el elemento religioso cristiano está siempre presente en las inquietudes de Kolakowski. Dichos antecedentes revelan comprensiblemente la ambigüedad de su obra. No se sabe, con certeza, que posición llega a tomar Kolakowski. Como concepciones del mundo opuestas, ellas no pueden dejar de producir choques y confusión en quien las vive. Kolakowski, aunque es más luterano de lo que cree, se ubicaría con gusto en el tercer partido irrenista de Erasmo. Esta tercera posición en el mundo moderno estaría representada por el liberalismo racional, que a pesar de sus intentos no ha roto -ni podrá- su cordón umbilical con la ilustración, es decir, con la modernidad. De hecho, el erasmismo desemboca sin

solución de continuidad en la Edad de las Luces.

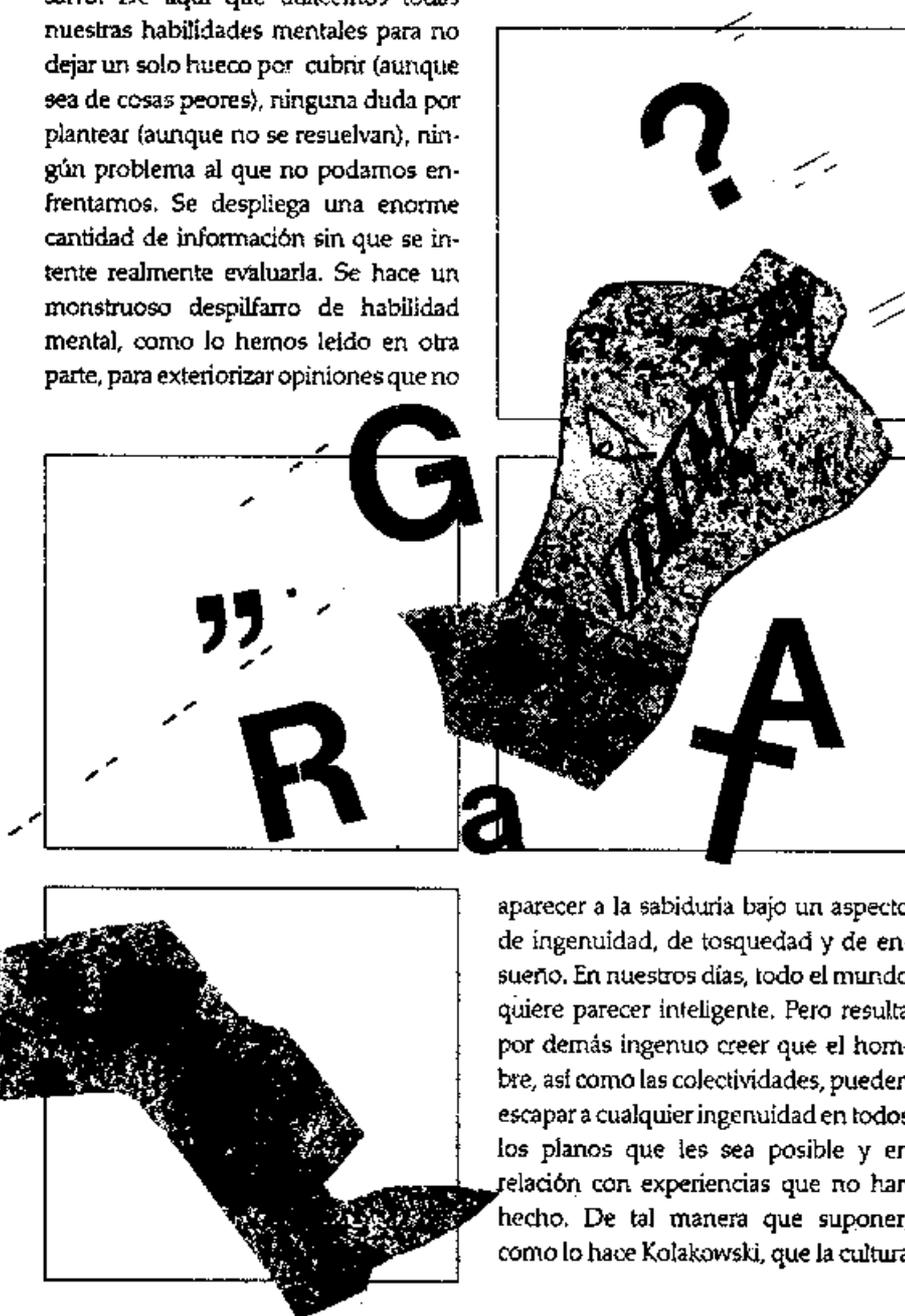
Aunque conservador-liberal-socialista, como al parecer se identifica, Kolakowski es un hombre moderno que se caracteriza por una confianza plena en los poderes de la razón humana, en la reflexión y la crítica constante, y en ocasiones indiscriminada, y que como tal se opone a toda forma de absolutismo y de Verdad. Se trata en el fondo de un ilustrado escepticismo, aparentemente sano, pero que en realidad es un relativismo, un individualismo y un psicologismo extremo e indefinido. Pero este liberalismo moderno también quiere ser puesto a prueba en la mente de Kolakowski. Parece que en el fondo acierta. De tal suerte que de la lectura de la obra de Kolakowski no extraemos más que una desoladora desesperanza, no sólo nada a qué sujetarse, sino una confusión "mental y cultural" sin salida. Lo grave es que no se pretende otra cosa.

Hay algo de sorprendente en Kolakowski: una capacidad de "ver" casi todo, sin "comprender" casi nada. Como sus contemporáneos modernos, se encuentra impedido para distinguir la "visión vivida" del sabio de la virtuosidad mental del "pensador" profano. Ubicado en esta última, incluso hace gala de la reflexión y se denuncia: los intelectuales son una estirpe pretenciosa y siempre descontenta. Basan su superioridad en la habilidad de manejar las palabras y se convierten, por ello, en un elemento desestabilizador en la sociedad. La más clara definición del intelectual moderno, "a la altura de los tiempos", por supuesto profano, es la que encontramos en Kolakowski: *los intelectuales no son mentirosos, sino seductores*. Y esto es algo, habría que admitirlo, que Kolakowski posee en grado eminente. Como pocos, toca las llagas más dolorosas de la civilización contemporánea, con sus "palabras" plantea los pros y los contras de todo o casi todo y sale ileso. Incluso ni siquiera eso le interesa para ser congruente con su postura de extrema crítica. Pero hay algo extraño en los argumentos -si así los podemos llamar- de Kolakowski. Sentimos que como la

mayoría de sus contemporáneos "conservadores-liberales-socialistas" se está en el fondo jugando a algo (por necesidad o convicción no importa). Hay un lúcido-lúdico comportamiento mental que se origina en el miedo y rechazo absoluto a lo que ningún intelectual que se considere tal puede permitirse: el riesgo de parecer ingenuo. Que perezca todo el resto con tal de que el sentimiento de no dejarse engañar por nada quede a salvo. De aquí que utilicemos todas nuestras habilidades mentales para no dejar un solo hueco por cubrir (aunque sea de cosas peores), ninguna duda por plantear (aunque no se resuelvan), ningún problema al que no podamos enfrentarnos. Se despliega una enorme cantidad de información sin que se intente realmente evaluarla. Se hace un monstruoso despilfarro de habilidad mental, como lo hemos leído en otra parte, para exteriorizar opiniones que no

tienen ninguna relación con la inteligencia. Así, los que por naturaleza no están dotados intelectualmente, aprenden a fingir que piensan e incluso ya no pueden prescindir de esta impostura; mientras que, los que están dotados, corren el riesgo de olvidarse de pensar al seguir la corriente. La ignorancia y la ininteligencia se encuentran a gusto dentro de un refinamiento completamente superficial, y de ello resulta un clima que hace

europea tiene superioridad sobre las demás "por preservar esa incertidumbre ante sus propias normas", es entrar en la categoría de esa estirpe pretenciosa que él mismo denuncia y que lo es por ingenuidad y desconocimiento. Nada puede garantizar, para utilizar los queridos argumentos de Kolakowski, que vivir con incertidumbre sea lo mejor. Más bien la naturaleza o el sentido común afirman lo contrario. El que algo malo y enóneo haya venido a implantarse en nuestra vida y en nuestra mente no le quita lo malo ni lo equivocado y sería absurdo postular como principio la falta de todo principio. En eso no se puede dejar de ser un creyente so pena de no ser nada. Hoy hemos perdido certidumbre en nuestras vidas y valores, y a cambio hemos obtenido confusión: ¿cómo podría ser esto mejor? Si nos llegásemos a acostumbrar a ello sería porque hemos perdido el verdadero sentido del valor de la Existencia, porque no razonamos más que en función de una imaginación falseada por las ideologías de una parte y el ambiente artificial por otra, o porque así nos lo quieren hacer creer las seductoras palabras y confusos razonamientos de nuestros intelectuales escépticos de hoy. Entonces sería preciso, lo sabemos en el fondo de nosotros mismos, volver a ser capaces de captar, en la multitud de los fenómenos y las palabras, el sentido del hombre, sería necesario volver a encontrar las medidas de lo real. Es cierto que la argucia intelectual puede matizarlo todo, pero ello no elimina la falta de certidumbre, la ahonda. Si Kolakowski sostiene que la tradición europea es mejor, quíeralo o no está preconizando un mundo uniforme, imponiendo una manera de ver las cosas, pues cómo podría haber "diferencia" si propone una "propagación" (por selectiva que sea) de los valores de esa cultura europea superior. Y aquí Kolakowski nos muestra que sí hay algo de lo que no



aparecer a la sabiduría bajo un aspecto de ingenuidad, de tosquedad y de ensueño. En nuestros días, todo el mundo quiere parecer inteligente. Pero resulta por demás ingenuo creer que el hombre, así como las colectividades, pueden escapar a cualquier ingenuidad en todos los planos que les sea posible y en relación con experiencias que no han hecho. De tal manera que suponer, como lo hace Kolakowski, que la cultura

duda, pero que, curiosamente, para nosotros es de lo que más es posible dudar. Las intolerancias más peligrosas son las que se enmascaran de tolerancia. Se practica un humanismo prepotente disfrazado de filantropía, de ideas libertarias e igualitarias dentro de una mescolanza de criticismo, conservadurismo, liberalismo, socialismo, tratando de obtener supuestamente lo mejor de toda esta confusión pero que sólo es, se de cuenta o no, producto de una mentalidad occidental eurocentrista. Kolakowski ha olvidado que los peligros de la uniformidad están ya presentes por la misma modernidad científica y tecnológica que es algo que rebasa las buenas voluntades humanas y que habría sobre todo que poner en cuestión seriamente.

Sobrarían ejemplos de esta peligrosa estructura mental de un individuo tan "inteligente" como Kolakowski. Él mismo se presenta (aparentemente) y se lo presenta como un hombre preocupado por las creencias religiosas y la fe, un hombre moderno medieval (*sic*), como cierto alumno lo caracteriza: "es un estudiante de la religión porque es un estudiante de la creencia" (*Wieseltier, Vuelta*). ¿Qué quiere decir esto? ¿Que Kolakowski es un hombre religioso? De ninguna manera. Como todos sabemos, uno puede creer en cualquier cosa: la Ilustración, la ciencia, la razón, la mentira, etc. Entonces, según las "sabias" y halagadoras palabras de su alumno, Kolakowski se interesa en realidad por *cómo el hombre puede creer*. La fe religiosa es sólo una entre tantas creencias. ¿Lo es? Pero la fe o la certeza en que el hombre pueda tener fe no nos hace tener "fe". Todo esto lo sabe y hasta lo ha escrito Kolakowski, por ello parece absurdo. No debemos confundirnos. Kolakowski es sólo un estudioso de la historia de las creencias religiosas, con un aparato conceptual ajeno a la fe religiosa, y un desconocimiento básico del fenómeno

en cuestión. Esto es lo normal en el hombre secular moderno, el problema es que Kolakowski pretende hablar de ello, verlo, analizarlo, pero sin nunca traspasar la línea divisoria que marca la frontera entre la creencia religiosa y la indiferencia o falta de fe. Estados disjuntos que constituyen una diferencia fundamental. Y no lo puede hacer porque de seguro caería en el *compromiso* del cándido e ingenuo hombre de fe. Pues

él es un hombre moderno, escéptico, esclarecido, "científico", a su pesar o en su ignorancia, que no puede dejar de aceptar que el mundo sensible y el racional son los únicos mundos, o el mundo total. Kolakowski no se permite el acceso al mundo suprasensible de la religión, aunque escriba mucho sobre ello. Un dato revelador son las palabras que pone al inicio de su libro *La religión* (traducido en español por la Ed. Tecnos bajo el título *Si Dios no existe...*): "Nunca estoy seguro de qué es la religión... pero, sea lo que fuere, la religión incluye la historia de los dioses, de los hombres y del universo". Estamos dentro del juego: querer aparecer modesto e ingenuo cuando, sin quererlo, nos muestra una profunda ingenuidad de fondo. ¿La religión es historia? ¡Por Dios! ¿Cómo, nos preguntamos, puede alguien iniciar un libro sobre religión con esas palabras confesando y mostrando desconocer el asunto?



Pero Kolakowski puede hasta deslumbrarnos revistiéndose con un ropaje de auténtico religioso al criticar a "esos intelectuales (que tienen algo de alarmantemente desesperado) que carecen de apego religioso, de fe o lealtad propiamente tal, y que insisten en el papel educativo y moral irremplazable de la religión en nuestro mundo, deplorando una fragilidad de la cual ellos mismos son testimonios eminentes". ¿Autodes-

cripción? Porque, insiste Kolakowski, "a fin de difundir la fe hace falta fe, no un aserto intelectual...". Extrañas afirmaciones de un intelectual que carece de fe religiosa. Incluso Kolakowski puede hacer suya la concepción (ya por demás aceptada) de que el fenómeno religioso es irreductible a cualquier otro, utilizarlo para criticar a los que todavía lo niegan, pero como los demás de su estirpe no saca ninguna conclusión de ello. Para eso habría que aceptar, sincera y humildemente, algo que tal vez sería imposible para Kolakowski: 1) que nada (la existencia) ni nadie (los seres) es independiente de Dios; 2) que es imposible hablar de naturaleza humana sin vincularla con su condicionamiento divino, o de un fenómeno humano sin ligarlo positiva o negativamente con Dios, pues sin Dios no hay hombre; 3) que hay en el hombre algo que puede concebir el Absoluto e incluso alcanzarlo y que, en consecuencia, es absoluto; y 4) que existen los niveles de realidad a que se refieren los modos de conocimiento suprasensorial y supraracional del hombre y de los cuales proceden tanto una Revelación como la Intelcepción. Sólo si aceptamos que la Existencia -y esto cambia todo- es algo que no hemos inventado, que no puede tener la explicación en sí misma, que no es un simple tejido de contingencias, de relaciones, de prejuicios, si no algo con sentido que se explica por un Principio trascendente

e immanente, sólo entonces, decimos, podemos abordar los múltiples y profundos problemas que entraña para un intelectual (centrado en Dios) hablar de los significados de Revelación e Intelcepción, lo Uno y lo múltiple, lo Absoluto y lo relativo; distinguir entre las religiones legalitarias y exotéricas ( a las que se unen con cierta facilidad movimientos e ideas socialitarias y dogmáticas) y el esoterismo ( que es el único que puede dar respuesta a los problemas que la ciencia plantea a las religiones); entender el significado de Tradición en contraposición con lo moderno, de lo secular y profano en contraposición con lo sagrado; el problema de la "salvación", de la muerte y el más allá, de la seguridad en la inestabilidad del destino, de la verdad en este mundo lleno de enigmas, en suma, del auténtico sentido de la vida. Lo demás es retórica, "palabras".

*La modernidad siempre a prueba*

(Vuelta, 1990) es un libro seductor, engañoso, lleno de argumentos insustanciales y que ilustran perfectamente la inteligencia repleta de subterfugios de los intelectuales modernos. Fuera de *Cristianos sin Iglesia* (Taurus, 1982), que considero el mejor libro de Kolakowski, los demás me han decepcionado. Hay en ellos una manera de abordar los problemas, de enfocarlos, muy lúcida-mente es cierto, pero que denotan esa falta de compromiso con la sincera y auténtica comprensión de las cosas, exhibiendo una maestría intelectual pero artificial que desea ser lo único que cuenta. Siempre hay un sí, pero acompañado de un no, y un no, pero con un sí. En última instancia, Kolakowski estudia el fenómeno religioso como un fenómeno más de la vida del hombre, por lo tanto relativo y pasajero, como lo social, lo político o económico. Y lo estudia con todas las conceptualizaciones del hombre moderno secular contemporáneo, en el cual se detecta una falta de firmeza y vigor de convicción. Pero precisamente lo religioso no permite ser tratado así. Aunque a veces diga lo contrario, para él son accidentes naturales sin alcance superior y sin cualidad simbólica. Queda el hecho de si con todo su obra nos enriquece. Tal vez como ejemplo contrario. Pero sí puede confundir.

